



FRANCISCO

una conversación con
THOMAS LEONCINI

Vivo
es
joven



Debemos pedirles perdón a los chicos porque no siempre los tomamos en serio. No siempre los ayudamos a ver el camino y a construirse aquellos medios que podrían permitirles no acabar rechazados. A menudo no sabemos hacerles soñar y no somos capaces de entusiasmarlos. Es normal buscar dinero para construir una familia, un futuro, y para salir de ese papel de subordinación a los adultos que hoy los jóvenes sufren durante demasiado tiempo. Lo que cuenta es evitar experimentar la codicia de la acumulación. Hay personas que viven para acumular dinero y piensan que tienen que acumularlo para vivir, como si el dinero se transformara después en alimento también para el alma. Esto significa vivir al servicio del dinero, y hemos aprendido que el dinero es concreto, pero dentro tiene algo de abstracto, de volátil, algo que de un día para otro puede desaparecer sin previo aviso; piensa en la crisis de los bancos y en las recientes suspensiones de pagos. [...]

El trabajo es el alimento del alma, el trabajo sí puede transformarse en alegría de vivir, en cooperación, en suma de intentos y en juego de equipo. El dinero, no. Y el trabajo debería ser para todos. Cada ser humano debe tener la posibilidad concreta de trabajar, de demostrarse a sí mismo y a sus seres queridos que puede ganarse la vida. No podemos aceptar la explotación, no se puede aceptar que muchísimos jóvenes sean explotados por quienes les dan trabajo con falsas promesas, con pagos que no llegan nunca, con la excusa de que son jóvenes y deben adquirir experiencia. No podemos aceptar que quienes dan trabajo esperen de los jóvenes un trabajo precario y para colmo incluso gratuito, como sucede. Sé que hay casos de trabajo gratuito, y a veces incluso con una preselección para poderlo llevar a cabo. Esto es explotación y genera las peores sensaciones en el alma; sensaciones que poco a poco crecen y pueden incluso cambiar la personalidad de los jóvenes.

Los jóvenes piden ser escuchados y nosotros tenemos el deber de escucharlos y acogerlos, no de explotarlos. No valen excusas. [...]

Gobernar es servir a cada uno de nosotros, a cada uno de los hermanos que forman el pueblo, sin olvidar a ninguno. Quien gobierna debe aprender

a mirar hacia lo alto solo para hablar con Dios y no para jugar a ser dios. Y debe mirar hacia abajo solo para levantar a quien ha caído.

La mirada del hombre debe ir siempre en estas dos direcciones. Si queréis ser grandes, mirad hacia arriba a Dios y hacia abajo a quien ha caído: las respuestas a las preguntas más difíciles se encuentran siempre mirando en estas dos direcciones a la vez. [...]

La peor consecuencia del pecado en que puede caer quien tiene el poder es seguramente la destrucción de sí mismo. Pero hay otra, que no sé si es la peor, pero que es muy recurrente: acabar por resultar ridículo. Y del ridículo no se vuelve.

¿Cuál fue una de las figuras más ridículas de la historia? En mi opinión, Poncio Pilatos: si hubiera sabido que tenía delante al Hijo de Dios, y que el Hijo de Dios había usado su poder para lavarles los pies a sus discípulos, ¿acaso se hubiera lavado las manos? ¡Creo que no!

El evangelista Juan nos cuenta que el Señor era consciente de tener todo el poder del mundo en sus manos. ¿Y qué decidió hacer con todo ese poder? Un único gesto, que fue un gesto de servicio, en concreto el servicio del perdón. Jesús decidió que el poder se tenía que transformar, desde ese momento

y para siempre, en servicio. ¿Cuál ha sido el verdadero mensaje profético de todo esto? Ha hecho caer a los poderosos de sus tronos y ha ensalzando a los humildes. El poder es servicio y debe permitirle al prójimo sentirse bien cuidado, cuidado como corresponde a su dignidad. El que sirve es igual que el que es servido.



Parece que crecer, envejecer, estancarse es algo malo. Es sinónimo de vida agotada, insatisfecha. Hoy parece que todo esté maquillado y enmascarado. Como si el propio hecho de vivir no tuviera sentido. ¡Recientemente he hablado de lo triste que es que alguien quiera hacerse un *lifting* incluso en el corazón! ¡De lo doloroso que es que alguien quiera borrar las arrugas de tantos encuentros, de tantas alegrías y tristezas! Demasiado a menudo hay adultos que juegan a ser jovencitos, que sienten la necesidad de ponerse al nivel del adolescente, pero no entienden que es un engaño. Es un juego diabólico. No logro comprender cómo es posible que un adulto sienta que

compite con un muchacho, pero lamentablemente sucede cada vez más a menudo. Es como si los adultos dijeran: «Tú eres joven, tienes esta gran posibilidad y esta enorme promesa, pero yo quiero ser más joven que tú, yo puedo serlo, puedo fingir que lo soy y ser mejor que tú también en esto».

Hay demasiados padres con cabeza adolescente, que juegan a la eterna vida efímera y, más o menos conscientemente, convierten a sus hijos en víctimas de este perverso juego de lo efímero. Pues, por un lado, educan a hijos sumidos en la cultura de lo efímero y, por otro, hacen que crezcan cada vez más desarraigados, en una sociedad que llamo por ello *desarraigada*.

Hace algunos años, en Buenos Aires, cogí un taxi: el conductor estaba muy preocupado, casi afectado, y me pareció enseguida un hombre inquieto. Me miró por el espejo retrovisor y me dijo: «¿Usted es el cardenal?». Yo contesté que sí y él replicó: «¿Qué debemos hacer con estos jóvenes? No sé cómo manejar a mis hijos. El sábado pasado subieron al taxi cuatro chicas apenas mayores de edad, de la edad de mi hija, y llevaban cuatro bolsas llenas de botellas. Les pregunté qué iban a hacer con todas aquellas botellas de vodka, whisky y otras cosas;

su respuesta fue: “Vamos a casa para prepararnos para la juerga de esta noche”». Este relato me hizo reflexionar mucho: esas chicas eran como huérfanas, parecía que no tuvieran raíces, querían convertirse en huérfanas de su propio cuerpo y de su razón. Para garantizarse una velada divertida, tenían que llegar ya borrachas. Pero ¿qué significa llegar a la juerga ya borrachas?

Significa llegar llenas de ilusión y llevando consigo un cuerpo que no se controla, un cuerpo que no responde a la cabeza ni al corazón, un cuerpo que responde solo a los instintos, un cuerpo sin memoria, un cuerpo compuesto solo por carne efímera. No somos nada sin la cabeza y sin el corazón, no somos nada si nos movemos presa de los instintos y sin la razón. La razón y el corazón nos acercan los unos a los otros de una manera real; y nos acercan a Dios para que podamos pensar en Dios y podamos decidir ir a buscarlo. Con la razón y el corazón podemos también entender quién está mal, identificarnos con él, convertirnos en portadores del bien y del altruismo. No olvidemos nunca las palabras de Jesús: «Quien quiera ser grande entre vosotros servirá, y quien quiera ser el primero de entre vosotros será esclavo de todos. Ni siquiera el hijo del

hombre ha venido para que le sirvan, sino para servir» (Marcos 10, 43).



Para entender a un joven debemos entenderlo en movimiento, no puedes estar quieto y pretender encontrarte con él en su longitud de onda. Si queremos dialogar con un joven, debemos ser flexibles, y entonces será él quien se ralentice para escucharnos, será él quien decida hacerlo. Y cuando se ralentice, empezará otro movimiento: un movimiento en el que el joven empezará a ir más lentamente para hacerse escuchar y los ancianos acelerarán el paso para encontrar el punto de encuentro. Se esfuerzan ambos: los jóvenes en ir más despacio y los viejos en ir más deprisa. Esto podría determinar el progreso. Querría aquí citar a Aristóteles, quien en su *Retórica* (II, 12, 2) dice: «Para los jóvenes el futuro es largo y el pasado corto; de hecho, al comienzo de la mañana aún no hay nada de la jornada para recordar, mientras que se puede esperar todo. Es fácil que se dejen engañar, por la razón

que menciono, es decir, porque esperan fácilmente. Y son más valientes porque son impetuosos y les resulta fácil esperar, y de estas dos cualidades la primera les impide tener miedo y la segunda los vuelve confiados; de hecho, nadie teme nada cuando está enfadado, y esperar algo bueno da confianza. Y los jóvenes son susceptibles de enfadarse». [...]

Un joven tiene algo de profeta, y debe darse cuenta de ello. Debe ser consciente de que tiene las alas de un profeta, la actitud de un profeta, la capacidad de profetizar, de *decir*, pero también de *hacer*. Un profeta de hoy tiene capacidad de hacer reproches, pero también de mirar con perspectiva. Los jóvenes tienen estas dos cualidades. Saben reprochar, aunque muchas veces no expresan bien sus reproches. Y tienen también la capacidad de escrutar el futuro y mirar hacia adelante. Pero los adultos son crueles y dejan sola toda esta fuerza de los jóvenes. Los adultos a menudo desarraigan a los jóvenes, extirpan sus raíces y, en lugar de ayudarlos a ser profetas por el bien de la sociedad, los convierten en huérfanos y en desarraigados. Los jóvenes de hoy están creciendo en una sociedad desarraigada. [...]

Por eso una de las primeras cosas en las que tenemos que pensar como padres, como familias, co-

mo pastores, es en los escenarios donde arraigar, donde generar vínculos, donde hacer crecer esa red vital que nos permita sentirnos *en casa*. Para una persona, es una terrible alienación sentir que no tiene raíces, significa no pertenecer a nadie. [...]

Hoy, las redes sociales parecerían ofrecernos este espacio de conexión con los demás; internet hace que los jóvenes sientan que forman parte de un único grupo. Pero el problema es que internet implica su propia virtualidad: deja a los jóvenes *en el aire*, y por ello extremadamente *volátiles*. Me gusta recordar una frase del poeta argentino Francisco Luis Bernárdez: «lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado». Cuando vemos unas bonitas flores en los árboles, no debemos olvidarnos de que podemos gozar de esta visión solo gracias a las raíces.

Una manera poderosa de salvarnos creo que es el diálogo, el diálogo de los jóvenes con los ancianos: una interacción entre viejos y jóvenes, incluso saltándonos, temporalmente, a los adultos. Jóvenes y ancianos deben hablarse y deben hacerlo cada vez más a menudo: ¡es algo muy urgente! Y deben ser tanto los viejos como los jóvenes quienes tomen la iniciativa. Hay un pasaje de la Biblia (Joel 3, 1) que

dice: «Vuestros ancianos tendrán sueños, vuestros jóvenes tendrán visiones».

Pero esta sociedad rechaza a los unos y a los otros, rechaza a los jóvenes al igual que rechaza a los viejos. Y, sin embargo, la salvación de los viejos es darles a los jóvenes la memoria, y esto convierte a los viejos en unos auténticos soñadores de futuro; mientras que la salvación de los jóvenes es tomar estas enseñanzas, estos sueños, y seguir en la profecía. [...] Viejos soñadores y jóvenes profetas son el camino de salvación de nuestra sociedad desarraigada: dos generaciones de rechazados nos pueden salvar a todos.



Cuando fui a Cracovia para asistir a la Jornada Mundial de la Juventud, un joven universitario me preguntó: «¿Cómo puedo hablar con un coetáneo ateo? ¿Qué puedo decirle a un joven ateo que no tiene ninguna relación con Dios?».

Le contesté: «¿Por qué tienes necesidad de decir? Debemos siempre *hacer*, no *decir*. Tú *haz*. Si

empiezas a hablar, harás proselitismo, y hacer proselitismo significa usar a la gente. Los jóvenes son muy sensibles a los testimonios, necesitan hombres y mujeres que sean ejemplos, que hagan cosas sin pretender nada de los demás, que se muestren tal como son y nada más. Serán ellos, los demás jóvenes, los que te hagan preguntas, y así llegará también el momento de hablar, de decir». [...]

Dios nos ha parido a todos, sin distinciones. Dios es también nuestra madre. Incluso el papa Juan Pablo I insistió en la imagen de Dios como madre de la humanidad. [...]

Los sentimientos de ternura en las Escrituras son muy recurrentes, el amor de Dios es también «visceral», para decirlo con una palabra humana. Me parece muy significativo el pasaje de Lucas (13, 34) donde dice: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y lapidas a aquellos que te envían, ¡cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina a sus crías bajo las alas y vosotros no habéis querido!». Cuando Jesús dijo estas palabras, lloró sobre Jerusalén...

Pero querría añadir algo respecto a Dios. En el libro del Apocalipsis (21, 5) leemos esta frase: «Y Aquel que se sentaba en el trono dijo: Aquí me te-

néis, yo convierto en nuevas todas las cosas». Así pues, Dios es Aquel que lo renueva todo siempre, porque Él es siempre nuevo: ¡Dios es joven! Dios es el Eterno que no tiene tiempo, pero que es capaz de renovar, de rejuvenecerse continuamente y de rejuvenecerlo todo. Las características más peculiares de los jóvenes son también las suyas. Es joven porque «hace nuevas todas las cosas» y le gustan las novedades; porque asombra y le gusta asombrarse; porque sabe soñar y desea nuestros sueños; porque es fuerte y entusiasta; porque construye relaciones y nos pide a nosotros que hagamos otro tanto, porque es social.

Pienso en la imagen de un joven y veo que él también tiene la posibilidad de ser «eterno», poniendo en juego toda su pureza, su creatividad, su valentía y su energía, acompañado por los sueños y la sabiduría de los ancianos. Es un ciclo que se cierra, que crea una nueva continuidad y me recuerda la imagen de la eternidad. [...]

El sínodo es de los obispos, pero debe estar al servicio de todos los jóvenes, creyentes y no creyentes. No hace falta hacer diferencias que lleven a una interrupción del diálogo: cuando digo todos, me refiero a todos. ¿Eres joven? Puedes hablar, estamos

aquí para escucharte. Antes del sínodo existe la posibilidad de que haya también una asamblea de los jóvenes, donde estos deberán debatir entre ellos sobre diversos temas y después comunicar a los obispos sus resultados: creo que este es el espíritu adecuado para estimular el diálogo y la confrontación positiva.



Los corruptos están a la orden del día. Pero los jóvenes no deben aceptar la corrupción como si fuera un pecado como los demás, no deben acostumbrarse jamás a la corrupción, pues lo que dejamos pasar hoy, mañana volverá a repetirse, hasta que nos acostumbremos y también nosotros nos convirtamos en parte del engranaje indispensable. Los jóvenes, al igual que los ancianos, tienen la pureza, y juntos, jóvenes y ancianos, deben estar orgullosos de encontrarse —limpios, puros y sanos— para construir un camino de vida en común sin corrupción. Quiero explicar bien la idea de pureza como concepto que une a jóvenes y viejos. Los jó-

venes son puros porque no han conocido en su piel la corrupción, son, en cierta medida, moldeables por el presente, y esto puede revelarse también peligroso, pues la pureza en que viven puede transformarse en algo feo, impuro, sucio, sobre todo si tienen que enfrentarse a las repetidas tentativas de proselitismo y asimilación a la masa. Con la vejez, hablando en términos generales, pues lamentablemente no todos los casos específicos son así, los seres humanos vuelven en cierto sentido a su estado «puro»; ya no tienen la codicia del éxito y del poder, ya no están condicionados por lo efímero como podían estarlo cuando eran adultos. Y atención: también un viejo arrepentido, que años atrás hubiera formado parte de los corruptos, puede resultar útil para el crecimiento de los jóvenes. Ese viejo, de hecho, ha conocido los mecanismos de la corrupción y los ha reconocido, y de este modo puede ilustrar al joven sobre cómo no caer en ellos, compartiendo con él la experiencia, y explicarle cómo no acabar igual que él. Volvemos, pues, a la importancia del testimonio.

El corrupto no conoce la humildad, siempre consigue decir: «no he sido yo», y lo hace con una cara de falsa santidad —«fa la mugna quacia», co-

mo decimos en dialecto piamontés (pone cara de no haber roto un plato)—; vive en la mentira, se cansa de pedir perdón y deja muy pronto de pedirlo. Por el contrario, pensemos en el Evangelio: Mateo, el buen ladrón, y Zacarías son figuras que pecan, pero no son corruptos, no se han plegado a la corrupción; les ha quedado un ancla de salvación que los protege de la corrupción.

Basta una brizna de esperanza en el corazón para dejar entrar a Dios.

A los jóvenes se les ha quitado ya mucho, pero habrá esperanza hasta que no sean corruptos.

Franciscus

© Editorial Planeta, S. A., 2018

© Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2018

© Mondadori Libri, S.p.A., 2018

Publicado por Mondadori bajo el sello de Piemme.

